

pensar alrededor de este tema apasionante: ¿qué lecturas deben preferir, o mejor, cuáles «necesitan» los hombres jóvenes del continente? ¿Será en el vasto arsenal de las literaturas clásicas donde deben buscar orientaciones doctrinarias las nuevas generaciones, o bien, existe una bibliografía nueva, en disciplinas mentales recién metodizadas, de más urgente estudio y aplicación?

Quede planteada la interrogación para quien quiera contestársela. Diré en pocas palabras mi pensamiento sobre la cuestión. En palabras ni medidas ni pesadas. Expreso, con pasión propia de un hombre enemigo de matices ambiguos, mi actitud personal, que es también la de un sector nutrido de las vanguardias americanas.

La herencia en la república del pensamiento colonial mantuvo en América, apenas hasta ayer, la ilusión del peripatos y de la cultura escolástica. Fue prueba de distinción poder verter en castellano impecable los deliciosos latines del Satiricón. Vestía mucho recitar, en festejos benéficos, páginas íntegras de Lope o los dos Luises. Los epígrafes de Dante y Virgilio servían de eficaz pasaporte para la benevolencia lectora. En política, sobre todo, nada lograba con tanta eficacia las simpatías ingenuas del «soberano» como una cita oportuna de cualquier pasaje de las historias romana o griega. Mientras tanto, las tradiciones aborígenes, el estudio objetivo y metódico de las posibilidades americanas, la definición de nuestros problemas inmediatos, eran desdeñados o apenas servían como objeto para eruditos paralelos con pasajes de la antigüedad greco-latina.

Como resultado lamentable de esta cultura pomposamente «humanista», nuestro escenario americano se ha visto ocupado siempre, en política como en arte, por retóricos lenguaraces, muy nutridos de sapiencia clásica, pero, incapacitados para afrontar conscientemente nuestros problemas de vida y de cultura. Las generaciones de latinistas han sido las mismas generaciones de vende-pueblos, por cálculo mezquino o por ignorancia de las cuestiones técnicas de la administración pública, ya que consideraban indecoroso para sus personas abandonar los incunables preciosos o las simples ediciones económicas de sus reverenciados clásicos, remangarse la clámide,—o la levita, que le substituye—, y descender a la plaza pública a mezclarse en debates apasionados.

Contra ese sistema de cultura, que es todo un sistema de vida, ha reaccionado ya la gente nueva de América-latina. Es la nuestra una generación echada a la calle, que no «robinsonea», que no procura eludir sus responsabilidades apremiantes escudada tras parapetos de diccionarios, que comprende la urgencia de actuar y que por eso actúa. En ese camino, sería en nosotros un suicidio mental la dedicación absorbente al estudio de las fuentes clásicas del pensamiento. Desde este punto de vista, tiene razón *Persiles* cuando duda de mis devociones a Platón, como la tendría si dudara, en el mismo sentido, de las de cualquier hombre nuevo de esta hora. Confieso, sin

pudor, seguro de mí mismo, que no son los *Diálogos* el libro que me sirve de cabecera. Acudo a él, a cualquier otro de literatura antigua o contemporánea, como descanso de lecturas más áridas y eficaces en estos momentos beligerantes que estamos viviendo: economía, estadística, finanzas, doctrinas sociales nuevas. Un libro de anti-imperialismo contemporáneo me apasiona más que el más intenso relato de Tucídides. Demoro sobre las páginas difíciles de *El Capital*, de Karl Marx, los ojos que se me duermen de fatiga sobre las minucias mitológicas de Herodoto. Cuando escucho los ditirambos de los taurófagos,—así llamaba Aristófanes, si no me traiciona mi indigente bagaje griego, a los voraces poetas que se alquilan—, del tiempo de Pericles, o cuando en los *Diálogos* oigo gotear, bajo plataneros rumorosos, discreteos sobre la verdad y la belleza, no es para poner los ojos en blanco añorando la «democracia ateniense» como un inalcanzable paraíso perdido, sino para constatar la injusticia que significa el hecho de que unas cuantas docenas de haraganes egregios pudieran vivir en divino ocio mientras millaradas de ilotas arrastraban esclavitud de bestias. En los claros varones de Plutarco no he logrado sentir el calor de emoción humana que me dejaron el *Lenin* de Máximo Gorki, o el *Mahatma Gandhi* de Romain Rolland, o el *Simón Bolívar* de Fernando Gonzá-

lez. *Cornelia* me entusiasma mucho menos que *Rosa Luxemburgo*. En definitiva, los nombres clásicos,—ya «mineralizados», diría Eugenio d'Ors—, me apestan a discurso de repartición de premios en escuelas de primera enseñanza. No lo gran despertar en mí—¿y en cuál hombre leal al ritmo de esta hora?—, esa ansia de imitación superadora que nos arrastra detrás de los creadores de estos días, de los que sentimos inmediatos a nosotros en el tiempo y la actuación.

No se trata de actitudes iconoclastas de mozabeltes, muy convencidos de estar ocupando el centro del universo. Nada de eso. Tocamos tierra. Estamos metidos muy en lo hondo de la realidad. Por eso mismo, nos sentimos más cerca, pongamos por caso, de la dialéctica marxista que nos da, con una interpretación integral del mundo donde vivimos, de «nuestro» mundo, los medios de subvertir un orden social injusto, que del «Logos» griego o de la «Summa teológica», sistemas ambos archivados en museos de arqueología. Y por consiguiente, más fervorosamente devotos de la vida y de la obra de un Federico Engels o de un José Carlos Mariátegui que de las de Solón o Tomás de Aquino.

Así nos definimos leales a nuestras inquietudes y consecuentes con las necesidades vitales de estos pueblos, tan amenazados por las agresiones de fuera y por las charlatanerías de dentro.

Rómulo Betancourt

San José de Costa Rica, abril de 1931

Persiflage

Donde nos dan gato por liebre

= Colaboración directa =

Para el Profesor de Estado don *Napoleón Quesada*, a quien la Patria Agradecida le ha señalado desde hace tiempo una liberal pensión para que goce del ocio que exige el cultivo de las letras clásicas que él tanto ama.

Infeliz estudiantillo que fuí, ¡cuánto tiempo pasé creyendo que había de conformarme con resúmenes de las obras maestras de la literatura clásica! Nunca, me decía a mí mismo, tendré tiempo ni sabré lo bastante para leer a los clásicos. Pero pude hacerlo, y ése es el cuento de hoy.

Un día aquel compañero que era el más desaplicado de la clase tuvo la ocurrencia de hablar largo y tendido conmigo. ¡Qué extraordinaria personalidad la suya! ¡Qué visión tan directa de las cosas! ¡Qué admirable falta de respeto la que usaba! Cantú era para los estudiosos de entonces la última palabra en casi todo, que no sólo en historia. Al muchacho desaplicado le leí en alta voz, para probarle un punto, lo que en su obra decía de los trágicos griegos el italiano. Me oyó con paciencia nerviosa y, «Ahí tienes—me dijo—por qué no estudio; pues si ese tal Eurípides es todo lo que ese libraco dice, yo sería un estúpido si me gasto mi tiempo leyéndolo».

Volví a leer para mí las páginas del erudito historiador y comprendí que el desaplicado de mi clase tenía razón. Desde entonces odio a Cantú.

«La vida—me dijo el desaplicado, hablando consigo mismo más bien que dialogando—hay que vivirla. Todos esos cuentos de la literatura son imbéciles, necios, sin provecho. Hay más aventura que en Homero en ir al Poás una noche de luna, con poco que comer, con muchachas, y a pie. Hay más tragedia cada día de exámenes que en Esquilo y los demás viejos chochos de hace dos mil y pico de años...» Y me dejó convencido y triste, con mi cuaderno aseado en el que venía copiando diligentemente los resúmenes de las grandes obras de la antigüedad que para nuestra instrucción habían hecho en horas de desvelo generoso los maestros de literatura de la Escuela. Puedo decir con el poeta que «si no caí fué porque Dios es bueno».

Quemé el cuaderno en un arranque de desesperación y en cuanto redondeó la luna acompañé al desaplicado de mi clase en un viaje al Poás, a pie, y con poco que comer, y con muchachas. Quiso la noche estar demasiado nublada, y maldita la gracia que me hizo la aventura. La muchacha que me tocó servir era necia de rematar. Habló y habló y habló y acabamos por odiarnos. Cuando